

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón**  
**Milán, 21 de diciembre de 2016**

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid.*

- *L'assenza*
- *Ballata dell'uomo vecchio*

*Gloria*

«Yo querría ver a Dios [...] / pero no es posible» («Ballata dell'uomo vecchio», C. Chieffo). Es el deseo de todos los hombres religiosos, era el deseo de Platón, que en el *Fedón* nos recuerda cómo le gustaría hacer la travesía del Piélagos de la vida «con la ayuda de un transporte más sólido, es decir, con la ayuda de la palabra revelada de un dios» (*Fedón*, 35), pero ciertamente no podía imaginar que esa palabra se haría carne, coincidiendo con la vida de Alguien.

Cada vez que cantamos, por el modo con el que cantamos, verificamos el camino que estamos haciendo. ¿Qué ha sucedido mientras cantábamos? Cuanto más nos damos cuenta de ello, con una agitación y una intensidad cada vez mayores, más nos habla todo. «Solo existe un lugar al que puedes volver», porque «solo existe un corazón en el que puedes estar» («L'assenza», F. Mannoia). Retomamos el trabajo sobre el capítulo «El factor humano» de *Por qué la Iglesia*. El contexto en el que vivimos puede ayudarnos a darnos cuenta del alcance de este capítulo. Al ser más conscientes de las circunstancias –que son esenciales para nuestro camino–, podemos darnos cuenta mejor también de la densidad de las implicaciones expuestas por don Giussani. ¿Y cuál es el contexto? Por decirlo de forma sintética –lo hemos repetido con frecuencia en estos últimos años–: el desmoronamiento de las evidencias. Cosas que antes eran evidentes para todos, compartidas por casi todos, cada vez son menos evidentes hasta el punto de encontrarnos –por usar la última expresión de moda– en la época de la posverdad (¡ya no se está ligado a los hechos!). Los grandes genios han tenido una percepción clara de esto desde hace décadas; y ahora también se está volviendo evidente para todos nosotros. En la Página Uno del número de *Huellas* de diciembre podéis leer un pasaje de Henri de Lubac que escribía, ya a mediados de los años 50, que muchos intentos de la sociedad moderna «frecuentemente conservan (...) muchos valores de origen cristiano, pero dado que se separaron de su fuente, son impotentes para mantenerse en su vigor y rectitud auténticas». La razón de este desmoronamiento es que los valores han sido separados de su origen histórico. ¿Y cuáles son estos valores? «Espíritu, razón, libertad, verdad, hermandad, justicia: las grandes cosas sin las cuales no hay humanidad verdadera y que ya el paganismo antiguo entrevió y que el cristianismo fundamentó, se hacen muy pronto irreales [¡una palabra fuerte!], en cuanto no aparecen como rayos emanados de Dios, en cuanto no los nutre la fe en Dios viviente con su savia». Y entonces «se convierten en forma vacía. Muy pronto se reducen a ideal sin vida», porque «sin Dios, la verdad misma es un ídolo; [...], ídolos demasiado puros, demasiado pálidos si los ponemos frente a los ídolos de carne y sangre» contra los que deben luchar (H. de Lubac, *El drama del humanismo ateo*, Encuentro, Madrid 2011, p. 67). Solo si comprendemos esto podremos darnos cuenta de verdad de cuál es el desafío que tenemos ante nosotros. ¿Cuál es la respuesta a esta situación histórica que tanto nos preocupa, que tanto nos hace sufrir y a veces incluso enfrentarnos? Que estos grandes valores, que estas grandes cosas sin las cuales no existe verdadera humanidad, puedan convertirse nuevamente en rayos emanados de Dios. ¿Cómo? Es necesario que pasen a través de lo humano. Esta es la conexión con el capítulo de *Por qué la Iglesia*: ¡a través de lo humano!

Lo hemos repetido de muchas formas, en estos últimos tiempos, citando a don Giussani: «El capítulo vigesimoprimer del evangelio de Juan es un documento fascinante del nacimiento histórico [de un modo nuevo de vivir] [...]. La historia concreta que se relata es la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el

mundo» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 80). Toda la concepción cristiana pasa a través de una historia particular. Pero en la época moderna, en este tiempo nuestro nos topamos con una dificultad. La concepción de la que habla don Giussani choca con una cultura que él mismo describe así: «La cultura actual sostiene que es imposible [atención: ¡imposible!] conocerse y cambiarse a sí mismo y a la realidad “solo” siguiendo a una persona [es decir, considera imposible el cristianismo]. En nuestra época, la persona no es contemplada como instrumento de conocimiento y de cambio, ya que se la entiende de modo reductivo: el conocimiento se concibe como reflexión analítica y teórica, y el cambio como praxis y aplicación de reglas. Sin embargo, Juan y Andrés, los dos primeros que se encontraron con Jesús, aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad precisamente por el seguimiento de aquella persona excepcional. Desde el instante de aquel primer encuentro el método ha empezado a desplegarse en el tiempo» (L. Giussani, «De la fe nace el método», *Huellas*, n. 1/2009). La cultura moderna considera imposible que una persona pueda vehicular la verdad, que ese «querría ver a Dios» pueda suceder, que coincida con un rostro, en resumen, considera imposible el método de Dios, es decir, que el vehículo de la comunicación de lo divino sea el factor humano. El escándalo afecta a la pretensión de Jesús y a la pretensión de la Iglesia.

¿Cómo podemos responder a esta objeción? Evidentemente no podemos hacerlo afirmando sin más lo contrario con palabras. ¿Cómo responde don Giussani? ¿De dónde parte? ¿Cómo nos ayuda a comprender la respuesta? Partiendo de la experiencia. La única respuesta adecuada a esta objeción es la experiencia –no existen alternativas–, así ha sido desde el comienzo del cristianismo. ¿Qué pone Giussani delante de nuestros ojos al comienzo del capítulo que estamos abordando? «Yo, hermanos [...] cuando vine a vosotros no me presenté a anunciaros el testimonio de Dios con sublimidad de elocuencia o de sabiduría [...]. Yo me presenté entre vosotros con debilidad, temor y mucho temblor; y mi palabra y mi predicación no se basaron en persuasivos discurso sapienciales, sino en la manifestación del Espíritu y de su poder» (*Por qué la Iglesia*, p. 179). Este argumento, la manifestación del Espíritu y su potencia, es el único capaz de convencer al hombre, el único capaz de convencernos a nosotros y de convencer a los demás. Por ello, la verdadera pregunta es: «¿Y hoy?». No es suficiente con apelar a algo del pasado para convencer al hombre de hoy, porque hasta Lessing reconocía que si hubiese visto suceder nuevamente los milagros del pasado, se habría interesado por el cristianismo hasta llegar a creer. Amigos, la gente no podrá interesarse por Cristo únicamente por el recuerdo de un pasado. Cuando leía el Evangelio a mis estudiantes, que no conocían las teorías de Lessing o de Kant, me decían: «Todo esto es precioso, pero no sucede hoy». A esta objeción solo se puede responder con los hechos.

*Cuento un hecho que sucedió el sábado y que me ha ayudado a descubrir un poco mejor qué es la Iglesia y qué es la Navidad. Fui con un amigo a llevar la caja del Banco de alimentos a una familia tunecina musulmana que conozco desde hace poco más de un año. Es nuestra caritativa. En la casa estaba la madre con sus tres hijas. Mientras yo jugaba con las hijas, me di cuenta en un momento dado de que la madre lloraba. Hace meses que su marido no tiene trabajo. Hay problemas entre los dos, se siente muy sola y le oí decir que a veces no tiene ni siquiera merienda que dar a sus niñas, que lloran por ello, y al final decía que la vida así no tenía sentido. Yo nunca la había visto tan triste. Me conmoví y deseaba hacer algo por ella, pero no sabía qué hacer. Pensé decirle palabras bonitas o darle dinero, pero todo me parecía insuficiente. ¿Qué puede permitirle verdaderamente volver a esperar? ¿Cómo puedo decirle que no llore? En aquel momento me acordé de los amigos que me esperaban en el Belén viviente, que empezaría al cabo de dos horas, y de la belleza de todo ese gesto. Entonces le invité a venir conmigo. Me dijo que sí y vino con sus hijas. Mientras mirábamos el espectáculo sobre el nacimiento de Jesús, esa madre se conmovió y lloró. Me dijo que sabe que esa historia es verdadera, y que entre todas las personas que ha conocido en Italia las que más le ayudan y le quieren son «de Jesús». Me dijo: «He comprendido que vosotros sois cristianos», y entonces dio gracias a Dios. Cuando la llevé de vuelta a su casa la vi sonreír, y me*

*dio las gracias. ¿Qué le ha sucedido? ¿Qué hace posible esperar y sonreír? Alguien presente entre nosotros. Ese hecho que comenzó hace dos mil dieciséis años ha vuelto a suceder, para mí, para esa madre, para mis amigos y para el mundo entero.*

No es solo el hecho del Belén viviente, evidentemente, sino el hecho de que, entre todas las personas que ha conocido, ha encontrado una diferencia humana –y la ha percibido perfectamente– en aquellos que son «de Jesús». Esto le ha permitido esperar de nuevo. Lo mismo me cuenta una chica, que me escribe desde Rusia y que por eso, desgraciadamente, no puede estar aquí: «En las últimas Escuelas de comunidad has hecho explotar en el corazón esa impensable propuesta de verificar qué forma tiene mi pertenencia. Así como la afirmación de que la única fuente, la única posibilidad de novedad está en la experiencia del “sí” de Pedro. Con la propuesta de verificar esta novedad en mí, se presentó enseguida el desafío, porque estaba cerca mi 40 cumpleaños. Habitualmente, los festejos por mi cumpleaños me han parecido siempre un poco pesados, por mi costumbre y la de los amigos de vivir ese día de forma superficial. Pero luego comprendí que, por la cifra redonda de mi cumpleaños y por los amigos, no podía sustraerme a esta celebración [no tenía posibilidad de sustraerse y entonces aceptó el desafío]. Un amigo más grande nos había invitado – cuando vino a visitarnos –, a difundir la exposición sobre don Giussani. Pensé que esta podía ser la forma de festejar mi cumpleaños: ¿qué cosa mejor, para festejar mi cumpleaños, que contar mi historia? Entonces invité a mis amigos a la fiesta y conté un hecho particular, mi historia y la de mis amigos, remitiendo a la historia del movimiento como raíz de todo esto. Es decir, propuse la historia de mi pertenencia, y no para huir del cumpleaños, sino como ocasión para mí de profundizar en ella y de festejarla. Y –segunda cosa– decidí compartir mi experiencia de caritativa proponiendo a los invitados que, en vez de hacerme regalos, donaran una cantidad de dinero para la casa de acogida para niños que gestionan los salesianos, en donde tuvo lugar la fiesta. El resultado superó toda expectativa. El mismo gesto resultó más vivo y bonito de lo que hubiese podido imaginar. El juicio de todos fue: «¡Qué bonito!». Mi juicio fue: «Es Cristo» [y cuenta una cadena de reacciones frente a lo que había visto ese día]. El director de la casa de acogida exclamó: «Pero, ¿quiénes sois vosotros?»». Una pregunta extraña, porque nos conocemos desde hace más de diez años. Me dijo que le había impresionado mucho todo, «cómo habéis preparado la fiesta, cómo habéis dejado todo ordenado, cómo habéis hablado de vuestra experiencia, de la relación entre vosotros. Nunca he conocido un pueblo similar. Habéis conseguido asombrar y llamar a la conversión a un viejo sacerdote como yo». Y añadió: «Tú historia y la de tus amigos es verdaderamente importante». Luego le dimos el dinero que habíamos recogido, y nos dijo: «¡En ninguna misa hemos recogido tanto como vosotros en esta fiesta!». Una amiga mía, después de participar en la fiesta, se sintió juzgada en el modo con el que está educando a sus hijos: «Yo veo la televisión, y todo el mundo es tan terrible... Pero hoy, al veros a vosotros, he comprendido que hay una posibilidad de esperanza. Estoy educando bien a mis hijos, les llevo a los mejores colegios, les doy el mejor alimento, los mejores vestidos. Pero no les doy lo más importante: ellos no aprenden de mí a conocer la vida» [¡lo dijo después de haber participado simplemente en un gesto nuestro!]. Pero a mí me impresionó sobre todo lo que había provocado en mí, es decir, la certeza. ¿Certeza en qué? ¿En que somos capaces de hacer gestos bonitos? ¿En que hemos ayudado a una casa de acogida, lo cual ha sido un descubrimiento de bondad y de belleza para mis amigas? Ciertamente no. Seguridad en el lugar y en el camino, en un lugar capaz de hacer nacer una nueva criatura, una nueva mirada y un nuevo pueblo, no en un lugar abstracto, sino en un lugar concreto, el movimiento. Me he dado cuenta de que ha crecido en mí el deseo de seguir y de pertenecer. Deseo seguir tus indicaciones, que proponen continuamente este trabajo. En los días posteriores a la fiesta no desaparecieron las reacciones, no desapareció mi interés y la curiosidad hacia cualquier momento y acontecimiento, sino que creció. La mañana se convierte para mí en deseo apasionado de verle presente a Él. Ha crecido la conciencia de la oración cotidiana por ti y por tu tarea». Y sin embargo, a veces, a pesar de que vemos continuamente hechos como estos y nos los testimoniamos mutuamente, no nos resulta tan claro reconocer la presencia de lo divino en una compañía llena de límites.

*A veces me doy cuenta de que si no sucede esa excepcionalidad irresistible en la compañía de la Iglesia, yo soy totalmente incapaz de vivir de verdad. No consigo decir: «Esto es un bien para mí», sino que solo llego a decir: «Señor, soy tuya, ¿por qué me das esta situación?». No tengo todavía una respuesta y esto me entristece. Suceden cosas muy bonitas, pero duran poco y entonces vuelvo a la tristeza, a ese vivir cotidiano que me aplasta. Mi pregunta, entonces, es esta: frente a esta compañía tan desastrada y llena de límites, ¿cómo puedo mirar al otro por su origen y no por su límite? ¿Es solo una gracia que hay que pedir –ya lo estoy haciendo–, o puedo colaborar también yo para que suceda esto?*

¿Podemos nosotros hacer algo? Es evidente que es Cristo el que hace suceder estas cosas. Pero nosotros podemos hacer algo, no para generarlas directamente, sino para reconocerlas, para reconocer lo que sucede. Recuerdo siempre, cuando surgen estas preguntas, el comienzo del capítulo cuarto de *El sentido religioso*, en donde Giussani nos recuerda que «el verdadero problema que tenemos para buscar la verdad de los significados últimos de la vida no reside en la necesidad de una inteligencia particular, de un esfuerzo especial o de unos medios excepcionales que habría que usar para alcanzarla. La verdad última es como encontrar una cosa bella nuestro camino: uno la ve y la reconoce si está atento. Por tanto, el problema es de atención» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 57), es decir, aprender a estar atentos. He pedido a algunas personas que me han escrito que nos testimonien qué puede ayudarnos, qué educación se necesita para poder reconocerle a Él en todo lo que sucede, sin tener que censurar el límite de la compañía que se nos ha dado.

*«Quiso nacer aquel que podía contentarse con ayudarnos» (san Bernardo de Claraval). Las historias que cuento son para mí un signo de esto. Una antigua estudiante mía –doy clase en una universidad americana–, nacida y crecida en China, vino a la universidad para hacer un máster. La conocimos hace cuatro años. Este año, en Pascua, se ha bautizado y ha recibido los sacramentos, y me ha pedido que sea su padrino. En la parroquia en la que se ha celebrado el bautismo, es tradicional que los catecúmenos decoren su propia vela de bautismo. Ella ha decidido pintar el gráfico de don Giussani con las flechas y la X, que fue la primera cosa de la que le hablé cuando me preguntó sobre mi religión. Podría contar muchas cosas de la amistad con ella, que me sostiene y me educa mucho porque está completamente basada en la experiencia. De hecho yo ya no le puedo explicar las cosas a través de categorías culturales e intelectuales (y mucho menos religiosas). Yo vivo la vocación de memor Domini, y de esto no hemos hablado nunca, porque está muy lejano de sus concepciones. Hace un par de años le invité a pasar la Nochebuena con los de mi casa. Después de aquel día, me dijo: «He comprendido por qué vivís así. Por qué estáis contentos». A través de rasgos inconfundiblemente humanos para el corazón, ha percibido la razón de algo tan divino, de Dios, como la vocación. Y me ha impresionado que haya hecho coincidir la correspondencia con el corazón humano con la razón exhaustiva para explicar algo que es completamente distinto de ella misma. La segunda historia tiene que ver con un chico que conocimos en una cárcel hace años. Su cárcel está a tres horas de coche de la ciudad, en medio de la nada. Entró en prisión hace más de 20 años, cuando era muy joven, y fue condenado a una larga pena. Cuando era todavía un niño sus padres se habían divorciado, y a causa de esto a su madre se le había invitado a dejar la dirección del coro parroquial. Como consecuencia de esto se enfadó y dejó de seguir la vida eclesial. El hijo creció por tanto sin fe, hasta que cometió un delito grave. El primer año de cárcel, a invitación del abuelo, decidió leer la Biblia, pero solo para probar a su abuelo y a su hermano que son todo mentiras. Como nos ha contado, después de haber leído la Biblia comprendió que era cristiano, pero no sabía de qué “denominación”. En un momento dado, se revisó el proceso por una cuestión de forma y durante un año salió de la cárcel, se volvió a acercar a la Iglesia católica y recibió los sacramentos. Pero se confirmó nuevamente la condena y entro otra vez en prisión. Empezó a leer de todo acerca de la fe, hizo un máster a distancia en teología (empleando ocho años) y leyó por casualidad que Benedicto XVI estaba cercano a CL.*

*Desde ahí llegó a Tracce y a nosotros. En agosto me llamó y me dijo que le habían concedido de forma completamente inesperada el arresto domiciliario, y desde entonces vive en nuestra ciudad con su madre (que en aquel tiempo se había acercado nuevamente a la Iglesia). El último día en prisión nos escribió una carta: «Necesito vuestra ayuda para encontrar trabajo y para afrontar todos los desafíos que me esperan. Pero lo que más necesito ya me lo habéis dado, y es la conciencia de que hay alguien que me espera fuera; sé que soy querido». También en este caso, «quiso venir Aquel que podía contentarse con ayudarnos». Estas historias me permiten vivir lo que hemos llamado “el estilo de Dios”, es decir, el hecho de que algo de otro mundo usa una historia completamente humana y particular para manifestarse. Yo necesito de ello, porque comprendo que Dios actúa conmigo del mismo modo.*

Cuando conocemos a una persona tan sencilla, tan pobre de espíritu –podríamos decir–, comprendemos que para reconocer los hechos también nosotros necesitamos únicamente esta pobreza. Porque lo que se encuentra la amiga china es lo que nos encontramos también nosotros: hechos. Pero si esta apertura original, si esta curiosidad, si este abrirse de par en par los ojos ante la realidad no se educa constantemente –nos dice siempre don Giussani–, no somos capaces de ver. No es que no exista la realidad, aun con todos sus límites, el problema es que no la vemos. Lo único que puede encontrar esa amiga china son personas llenas de límites como nosotros, no puede encontrar otras distintas; lo mismo vale para el ejemplo que he citado de Rusia.

*Cuento algo que ha pasado hace poco y que ha despertado en mí verdaderamente la conciencia del alcance de la novedad que llevamos en nosotros y que, evidentemente, no es nuestra. Hace 18 años conocimos a un chico en la universidad, en la mesa donde ayudábamos a los alumnos de primero. Era un chico que estaba alejado de la Iglesia, que nos tenía afecto y que se había hecho amigo nuestro, que estudiaba con nosotros, y que venía a los encuentros de Escuela de comunidad. Un año vino incluso a los Ejercicios de Rímini. Cuando se graduó tres años después nos perdimos de vista. Hasta hace dos semanas, cuando apareció de la nada en nuestro grupo de Escuela de comunidad, después de 15 años. Al terminar cenamos juntos, porque yo necesitaba saber qué le había sucedido, ¡hasta el punto de dejarse ver después de tanto tiempo! Me contó que al participar con su novia en el curso prematrimonial había escuchado a un fraile hablar y se había quedado muy impresionado, hasta el punto de afirmar: «Me gustaría que no terminara, qué pena que esta noche tenga que terminar». Hablando de este juicio con su novia, le dijo también: «Espera, hace tiempo yo experimenté una cosa parecida, un sitio en el que me encontraba bien, hasta el punto de desear que no terminara». Luego me contó que de repente había percibido dentro de sí el alcance de lo que había encontrado hacía 15 años, hasta el punto de sentir la necesidad de volver a encontrar esa realidad, y por eso se movió, trayendo también a su novia a la Escuela de comunidad. Mientras cenábamos dijo: «Lo que más me impresionaba y me interesaba entonces era ver vuestro entusiasmo a la hora de hacer las cosas de todos los días: el estudio, las clases, las cenas, los partidos, los cantos. Y con el tiempo todo esto ha estado guardado dentro de mí, y al conocer a ese fraile he entendido que quiero ir más allá de una vida cotidiana insulsa y vivir toda la vida así. Por eso necesito volver a encontrar el único lugar que he visto en mi vida en donde esa exigencia emerge tan claramente». Yo me conmoví, porque en un momento me di cuenta de que el Misterio había puesto nuevamente a este amigo junto a mí para que yo pudiese darme cuenta, en la experiencia, de qué tipo de acontecimiento ha entrado en mi vida, que es capaz de volver a encender el deseo y la necesidad de un hombre después de 15 años. Y de este modo, hoy yo puedo decir que sí a este acontecimiento, dejando a un lado ese riesgo de dar todo por descontado, de reducir su novedad y su fuerza cognoscitiva a algo mecánico. Verdaderamente el Misterio busca por todos los medios volver a hacerse presente una y otra vez, y verdaderamente no se contenta con ayudarnos. Entre otras cosas, este amigo mío habría tenido que venir hoy conmigo al sitio desde el que nos conectamos con la Escuela, ¡y sin embargo está aquí conmigo!*

¿Lo veis? Lo que nos hace vencer el riesgo de dar por descontado el acontecimiento que nos ha sucedido es que vuelva a suceder, que vuelva a suceder «un sitio en el que me encontraba bien,

hasta el punto de desear que no terminara». Como cantábamos al principio: «Solo existe un lugar al que puedes volver / solo existe un corazón en el que puedes estar». Pero, ¿qué se necesita? La atención a los signos. Ese amigo habría podido dejar pasar la ocasión, y sin embargo, lo que sucede vuelve a engancharle con algo que había vivido 15 años antes, tan grande era la huella que había dejado en él.

*Me impresionó mucho tu última Escuela de comunidad y las intervenciones que allí se hicieron, y quería pedirte simplemente que me echaras una mano para saber cómo he de hacer ahora. Lo que me ha impresionado de las personas que intervenían es que veían la presencia de Cristo en cosas pequeñas, incluso opinables. Y esta es la cuestión. Después de que en las intervenciones se pusiera el ejemplo de la habitación ordenada por la madre o del viaje en tren, me he acordado de mi compañera de habitación: con frecuencia, si dejo mis cosas desordenadas, ella las pone en su sitio. También me he acordado en una reunión con un cliente que no dejaba de atacar a la Iglesia, y esto me despertaba. O bien he pensado en otros hechos pequeños, que son signo de gracia, pero para ser tal deben ser reconocidos. Me daría vergüenza mencionar siquiera estos pequeños hechos con mis amigos del movimiento, y sin embargo no son distintos de lo que se contaban en la Escuela de comunidad. Trato de explicarme mejor. Me suceden muchas cosas a lo largo del día, cosas que podrían llevarme más allá, pero es como si yo no las viese, como si no las fotografiase porque son cosas pequeñas, opinables, y me digo para mí: «¡Qué suerte!», o bien: «¡Qué mala suerte!». Y sin embargo, lo que he percibido en las intervenciones es que cuando la pregunta te urge, toda la realidad te habla de Él; también yo he tenido experiencia de esto en mi vida. En cambio, ahora es como si necesitase volver con gran esfuerzo a esos hechos y testimonios –pocos– en los que creo que o Cristo está, o estoy loca. El punto verdadero no es tanto el esfuerzo de volver a la memoria de estos hechos, cuanto sobre todo que percibo que me estoy perdiendo algo. Hace cinco años fui reconquistada nuevamente por el movimiento a través de una chica portuguesa (¡no se podía molestar por mí una persona cualquiera!). Lo que me reconquistó fue justamente su relación cotidiana con las cosas de todos los días. Cuando nos encontrábamos por la noche en la cena, nos contábamos lo que había pasado durante el día, y para ella cada encuentro que había tenido suscitaba una pregunta. Era una pregunta que se dirigía a ella dentro de esa relación. Contaba las cosas del día diciendo: «Es increíble, mira cómo me ha hecho conocer esto», o bien: «Ha utilizado esto para hacerme comprender». Entonces empecé a desear seguir el movimiento cada vez más, porque así la vida y la fe tenían un gusto completamente distinto. Por desgracia, no ha sido suficiente esta intuición, no ha sido suficiente decidirlo para vivir así. Por eso estoy haciendo ahora un trabajo, tratando de no perder el camino. No quiero ser una ilusa y vislumbro una posibilidad de radicalidad. Si durante todo el día yo identificase todas las cosas que suceden hasta reconocerle a Él, todo sería más bonito. Quizá Él está tratando de aferrarme y yo ni siquiera le miro. ¿Cómo puedo quitarme de encima este “quizá” sin ser una visionaria? Gracias por estar, y porque libremente eres una ayuda para nosotros.*

Es como has dicho tú antes. La cuestión es que os deis cuenta de las cosas que decís. Estos hechos «deben ser reconocidos», has dicho. Pero, ¿cuál es el problema? «Es como si no los viese», has añadido. No es que no sucedan los hechos, porque no existe ocasión de encuentro entre nosotros en que no nos los contemos. No hay cena, grupo de Fraternidad o encuentro de amigos en cualquier latitud de la vida del movimiento en que no nos contemos cosas como las que hemos escuchado esta noche, pero es necesario reconocerlas. Lo que me impresiona de tu intervención es cuando has dicho que lo que facilita más reconocerle a Él es tener una pregunta: «Cuando la pregunta te urge, toda la realidad te habla». Don Giussani nos lo ha recordado siempre: cuando la pregunta urge, es más fácil reconocerle, hasta el punto de que al comienzo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* dice que no existe condición más importante para reconocer el hecho cristiano que «tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 9). Porque cuando hay algo que nos urge, somos más capaces de captar la respuesta. Entonces, la cuestión es que cada uno de nosotros pueda ser

cada vez más consciente de la pregunta que somos. Y esto ¿cómo se hace? Como te ha sucedido a ti: «Empecé a desear seguir el movimiento cada vez más», porque es el lugar en el que uno que tiene el deseo de seguir de forma no mecánica, poco a poco llega a ser tan consciente de su propia necesidad que, como tú dices, no basta cualquier cosa para responder a ella, sino que tiene que volver constantemente a esa memoria. Este verano decía un novicio: «Tengo nostalgia de mí mismo, de esa experiencia que hago en la relación con Cristo para no conformarme con algo menor que esto». Si uno tiene esta exigencia puede descubrir, en la vida cotidiana que nos aplasta, lo que el Misterio está haciendo suceder. Los hechos pasan, y nosotros debemos comprender que si no somos capaces de captar la Presencia que los hace suceder, cuando termine el impacto sentimental del hecho, volveremos a la condición de antes. Pero ese hecho, aunque sea pasajero, ese impacto, incluso una persona llena de límites, esa intensidad, aunque sea frágil, ¿de dónde nace? Si nosotros no percibimos la presencia de Cristo en lo que sucede, a la mañana siguiente, cuando haya pasado el impacto, volveremos al principio, y entonces no crecerá nuestra certeza. Entonces nos encontraremos solos, en lugar de que nuestra vida se vea tejida por esa Presencia que nos plasma totalmente. Todos los límites que sin embargo vemos, nos dice don Giussani, no pueden constituir una coartada para no reconocerle a Él. «Al igual que veo que el factor humano es la posibilidad de lo divino», me escribe un amigo español, «veo también que me vuelvo esclavo del pecado. ¿Es nuestra vida esta lucha? Pero entonces, ¿no es una condena? En mi lucha personal casi siempre vence el pecado, y no me basta que a veces venza lo divino». Nosotros nos hallamos en esta lucha acérrima que se produce en nosotros mismos. ¿Por qué no es una condena? ¿Y por qué no es verdad que venza siempre el pecado? Porque este amigo sigue luchando, sigue escribiendo, sigue deseando. Nosotros no nos damos cuenta de que en medio del dilatarse de nuestro mal, permanece aunque solo sea una pizca de deseo, de petición, de tensión, y entonces poco a poco se vuelve posible la victoria de lo divino. «Los primeros que extendieron el cristianismo por el mundo tenían la conciencia clara de ambas cosas, tanto de que lo divino resplandecía en el mundo por medio de lo que decían y hacían, como de que estaban desprovistos de palabras brillantes, sus gestos eran frágiles [como una fiesta de cumpleaños, un encuentro casual en una cena, gestos “sin épica”, decía don Francesco Braschi al presentar el libro de don Giussani *Para vivir la liturgia. Un testimonio*: la Eucaristía de Jesús es una cena, un gesto cotidiano; lo que más impresionaba de Cristo era la relación que tenía con las cosas normales de la vida]. Pero esto –continúa don Giussani– no les hacía ser resignados y aquiescentes, sino gente que estaba fieramente en carrera, cotidianamente en lucha, constantemente tendiendo al don de la salvación» (*Por qué la Iglesia*, p. 181). Esto forma parte de nuestra vida, hasta el punto de que no podemos dejar de afrontar esta lucha, y no para vivir, como tú dices, a la altura de nuestro intento, sino para no perdernos lo que sucede. Como dice otro amigo, que no ha podido venir por motivos de trabajo: «Muchas veces me resisto, experimento una resistencia ante el hecho de que Él pueda manifestarse en las personas habituales cuya historia ya conozco. Lo que me asombra es que muchas veces tú, Julián, aprendes de todos [¡se puede aprender a aprender de todos!]. Y se ve cuando haces intervenir a las personas en la Escuela de comunidad. Me gustaría comprender qué valor tiene esta condición mía, de dónde puedo volver a partir para no bloquearme de nuevo». ¿De dónde se puede partir nuevamente? Don Giussani nos lo dice. Prestad atención, porque son matices contenidos en el texto que a veces se nos escapan: «No es tan fácil caer existencialmente en la cuenta de que el problema de la Iglesia es precisamente este: que Dios quiere pasar a través de la humanidad» (*Por qué la Iglesia*, p. 182). Es normal que tengamos esta dificultad. Lo percibimos cuando somos nosotros los que tenemos que llevar el testimonio de Cristo o cuando tenemos que reconocerlo en los demás. Podemos comprender perfectamente ambas caras, y también el drama que conllevan. Esto no les sucede solo a los demás, sino que sucede también entre nosotros: ¡cuántas dificultades podemos tener entre nosotros para reconocer lo que tenemos delante! Pero esto no impide que reconozcamos lo que está sucediendo. ¿De dónde podemos partir? Dice Giussani: mi inadecuación no puede impedirme reconocer que Cristo puede suceder a través de los demás.

*Cuento un episodio que me sucedió hace 10 días, y que me ha aclarado en la experiencia esta pregunta que llevo dentro desde la última Escuela de comunidad. Debido a un accidente banal acabé en urgencias, y ahí me atendió un médico que, después de haber pasado toda la noche de guardia, estaba enfadado y algo aturdido (yo no sabía que era del movimiento, lo supe después). Después de un intercambio de frases conmigo y con mi marido se debió de dar cuenta de que también nosotros éramos del movimiento, y de repente se volvió locuaz, afable, se veía que estaba presente. Mi primer pensamiento fue: ¡qué falso, antes ha actuado de una manera y ahora de otra! Sin embargo, el segundo pensamiento fue: este es su momento más verdadero, porque frente a dos pobrecillos como nosotros, pero que le reclaman a una realidad más grande, su autoconciencia ha sacado todo lo mejor de sí, toda una conciencia que había perdido por el cansancio. Y esto me ha aclarado la pregunta. Si uno viviese siempre como si estuviese frente a la presencia de alguien – como lo estaba aquel médico frente a nosotros ese día–, su autoconciencia se vería arrastrada. Pero a mí, el “como si” no me basta. Y mi pregunta es: yo me reconozco...*

¡No basta! No basta, porque vosotros queréis siempre algo automático. No basta, porque nosotros queremos siempre algo que no nos comprometa. Por eso –si me lo permites– don Giussani dice en el texto: «Es necesario darse cuenta de que lo que hemos dicho hasta ahora [...] implica aceptar que lo humano forma parte imprescindible de la definición de la Iglesia» (*Por qué la Iglesia*, p. 184). Pero es necesario darse cuenta, como te has dado cuenta de la reacción del médico. El problema es que muchas veces no nos damos cuenta de las cosas. En cambio, cuando te das cuenta de ellas, ¡ves cómo todo empieza a hablarte! Por ello es necesario que esto se haga cada vez más nuestro, para que empecemos a mirar lo que habitualmente damos por descontado. Si lo damos por descontado, entonces no reconocemos la realidad, no reconocemos que lo que vemos tiene un origen. Este es el problema. Y para poder hacer esto, para darse cuenta de ello, don Giussani dice una cosa más: «Si alguien quiere verificar la anunciada presencia de lo divino en esta miseria humana, no puede quedarse en la constatación aturdida de esa miseria y decir: lo divino no puede estar aquí. Tendrá que adoptar otro criterio, porque ninguna clase de miseria podrá anular el carácter paradójico del instrumento que Dios ha elegido» (*ibídem*, pp. 184-185). Por tanto, cuando no Le reconocemos, no es porque no esté, sino porque nos hemos quedado en un nivel de la cosa que puede ser absolutamente verdadero, pero que no expresa la totalidad de lo que tenemos delante. Y muchas veces son los demás, quizá alguno que acaba de llegar, los que lo reconocen. Y no es porque los nuevos sean más propensos a tener visiones. Lo reconocen porque tienen una sencillez que nosotros, quizá, ya no tenemos.

*En estas semanas la lectura de la Escuela de comunidad ha sido constante, y al final de cada lectura había siempre frases que me gustaban o aspectos que me asombraban. Sin embargo esto no ha conllevado un cambio en mi forma de juzgar las circunstancias y a mí mismo. Han sido páginas bonitas, pero no un instrumento educativo. Por eso me gustaría volver a sacar el tema del trabajo sobre la Escuela de comunidad. ¿De qué trabajo se trata? ¿Por qué algunas veces incide sobre la capacidad de mirarse a uno mismo y las circunstancias, mientras que en cambio otras veces, aunque es un momento bonito el de la lectura, se queda aislado con respecto a lo que se vive? ¿También a ti te pasa esto? ¿Cómo vuelves a empezar? ¿Alguien tiene una respuesta?*

*Te cuento un hecho sencillo que me ha sucedido y que me ha permitido comprender en mi experiencia la conveniencia del camino que nos propones. Tomarme en serio el trabajo que nos has propuesto en estos meses, y en estos últimos tiempos incluso el trabajo sobre el manifiesto para el referéndum, ha sido para mí la ocasión de verificar en muchas conversaciones y encuentros con amigos y compañeros que el otro es un bien para mí, sobre todo porque me permite tomar conciencia y profundizar en el encuentro que he tenido y que me cambió la vida. Sin embargo –el mítico “sin embargo”–, a pesar de esta belleza que he experimentado varias veces, me sucedió que el lunes después de las elecciones tenía que hacer un trabajo en colaboración con un compañero*



con el que me cuesta mucho relacionarme; ese día y los días siguientes hice de todo para no cruzarme con él –¡a pesar de que el otro es un bien!–. Luego tuve la gracia de participar en los Ejercicios de los universitarios, en donde pude experimentar de nuevo el acontecimiento de Cristo en todo lo que sucedió durante esos días. Al volver al trabajo, el lunes siguiente, lo primero que hice fue buscar a ese compañero para trabajar junto a él. Ha sido verdaderamente útil e interesante para ambos, y se han caído todos los prejuicios que yo tenía con relación a él. Hasta el punto de que a final me preguntó: «Pero, ¿dónde has estado estos días [era el puente de san Ambrosio] para estar tan contenta y disponible?». Gracias a él me he dado cuenta de lo que quieres decirnos en la *Página Uno* cuando te preguntas de dónde parte don Giussani para responder al problema de la razón, del conocimiento y de la moral: «Sin embargo, Juan y Andrés, los dos primeros que se encontraron con Jesús, aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad». También ha sido así para mí. He experimentado que solo el acontecimiento de Cristo que vuelve a suceder ahora me permite mirar al otro y a la realidad como un bien, y desde aquí puedo volver a partir. Y se trata de un juicio que poco a poco va siendo cada vez más claro en mi vida, en los distintos hechos pequeños que me suceden siguiendo la propuesta que nos haces.

Gracias. «Pero yo me rebelo con toda mi persona ante el hecho de que solo es posible cambiar uno mismo y cambiar la realidad siguiendo a una persona», me escribe uno de vosotros, «te pido que me ayudes a juzgar y a comprender qué quiere decir seguir a una persona. ¿Qué persona?». Tenemos siempre la suerte de que don Giussani ya había pensado en estas preguntas, o ya le habían sido planteadas. Entonces es más fácil responder, porque no vale cualquier cosa que podamos decir. «¿Cuándo te puedes fiar de una persona [cuando lo que está en juego es cuestión] [...] de vida o muerte, de ser útiles o inútiles para el mundo, de estar contentos en el mundo o no contentos en el mundo, de estar muertos antes de morir o de estar vivos incluso en la muerte [...]? ¿Cuándo tengo yo una razón adecuada para fiarme de una persona hasta el punto de seguirla, de obedecerla?». Y da tres razones. «Primero, es racional seguir a otro, obedecer a otro, cuando me comunica y me revela una concepción de la vida y de su destino que se apoya por completo en las exigencias originales del corazón que son comunes a todos los hombres, cuando funda una concepción de la vida que **se apoya sobre las exigencias comunes del corazón humano**. [...] Segundo: [la gratuidad]. El otro me dice estas cosas no por una política suya, o por un beneficio suyo, sino [...] **por una gratuidad**. La gratuidad es el amor al destino del otro y nada más; el único motivo por el que me lo dice es el apego a mi destino, a la alegría de mi vida y a la felicidad a alcanzar, [...] que no es fruto de un cálculo». Este segundo factor es importantísimo, pero a veces solo se entiende cuando hemos «sido educados por la vida a amar a los hombres gratuitamente para comprender cuándo un hombre te ama gratuitamente». Y tercero: que esa persona «no solo te explica la vida», te ofrece «una concepción de la vida que se funda en las exigencias comunes del corazón del hombre [...] sino que **te ayuda**: te ayuda a superar lo que es contrario a estas exigencias; te ayuda en el sacrificio, es decir, en ese aspecto de conciencia que hace que al adherirte a las exigencias del corazón, te parezca que tienes que renunciar a algo, te parezca que tienes que perder algo. Si una persona, en la concepción de la vida que te explica y te comunica, te parece claramente que inspira su acción y apoya todo en las exigencias del corazón, tuyas y de todos los hombres; si lo hace con gratuidad, queriendo tu bien, hasta el punto de que la primera cosa extraña que te impresiona al conocerla es este aspecto gratuidad [...]; si te ofrece una ayuda adecuada, entonces obedecer a una persona así es un deber, como es un deber realizar lo que es racional, es un deber cumplir aquello que es razonable (L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milán 2002, pp. 219-222).

Antes de terminar quería leeros la carta autógrafa que nos ha enviado el papa Francisco:

«Reverendo don Julián, le agradezco a usted y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación el donativo que han recogido durante las peregrinaciones, y que generosamente han querido enviarme para las Obras de Caridad.

Me hace bien al corazón y me consuela mucho saber que desde más de doscientos santuarios marianos en Italia y en el resto del mundo muchas personas han emprendido el camino de la misericordia con el espíritu de compartir con los necesitados. De hecho, los pobres nos recuerdan lo esencial de la vida cristiana. San Agustín enseña: «A algunos les resulta más fácil repartir todos sus bienes a los pobres que convertirse ellos mismos en pobres de Dios». Esta pobreza es necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él. Por eso nos acercamos a los pobres, no porque sepamos ya que el pobre es Jesús, sino para volver a descubrir que ese pobre es Jesús. San Ignacio de Loyola añade a su vez que «la pobreza es madre y es muro. La pobreza genera, es madre, genera vida espiritual, vida de santidad, vida apostólica. Y es muro, defiende. Cuántos desastres eclesiales han empezado por falta de pobreza».

En un mundo roto por la lógica del beneficio que produce nuevas pobreza y genera la cultura del descarte, no dejo de invocar la gracia de una Iglesia pobre y para los pobres. No es un programa liberal, sino un programa radical porque significa un retorno a las raíces. Volver a los orígenes no quiere decir replegarse sobre el pasado, sino que es fuerza para un inicio valiente que se dirige al mañana. Es la revolución de la ternura y del amor. Por eso os pido también a vosotros que unáis vuestros esfuerzos hacia este objetivo. Os deseo que trabajéis con serenidad y con fruto, y que testimoniéis con valor la autenticidad de la vida cristiana.

A todos y a cada uno os envío de corazón la bendición del Señor.

Por favor, no os olvidéis de seguir rezando por mí.

*Francisco*».

Como habéis escuchado, el Papa nos agradece las colectas recogidas durante las peregrinaciones que hemos realizado a los santuarios marianos de todo el mundo con ocasión del Año Santo de la Misericordia, y que le hemos enviado para sus obras de caridad. Pero el papa Francisco no se ha limitado a darnos las gracias, sino que ha querido indicarnos también a dónde debemos mirar para poder seguir nuestro camino, de modo que podamos «testimoniar con valor la autenticidad de la vida cristiana». Os pido que leáis la carta atentamente, que la hagáis objeto de vuestra reflexión, que os ayudéis a comprenderla cada vez más con la ayuda de los amigos, en los grupos de Fraternidad, para custodiar su contenido. Dios no deja nunca de asombrarnos. ¡Cómo no estar sorprendidos y agradecidos por este regalo inesperado de un padre que se preocupa tanto por el destino de sus hijos! Deseo que Cristo nos encuentre a cada uno de nosotros disponibles al modo que ha elegido para salir a nuestro encuentro en esta Navidad de nuestra vida. No es algo obvio: como nos ha recordado siempre don Giussani en el tiempo de Adviento, podemos esperar Su venida, pero sin amar verdaderamente el modo con el que Él decide venir cada vez. Pidamos a la Virgen que nos haga estar abiertos como ella a la sorpresa con la que el Misterio nos visita hoy. Os pido que no dejéis pasar un día sin pedir por el papa Francisco, como nos ha pedido a cada uno de nosotros.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 18 de enero a las 21 horas.

Continuamos el trabajo sobre el texto *Por qué la Iglesia*. Retomaremos el segundo punto (las *Implicaciones*) de este primer capítulo («El factor humano»), desde la página 185 a la 209.

Os deseo que viváis con gratitud esta fiesta de Navidad, porque Su venida nos desvela, como estamos viendo, el designio de Dios: nos ha «elegido antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados ante Él [...], nos ha predestinado a ser sus hijos» (cf. Ef 1,4-5). La Navidad es la ocasión para volver a una relación verdadera con las personas y las cosas, como nos testimoniamos cada vez que Le seguimos. Como no podemos dejar de desear ser felices, al haber roto nosotros la relación con Él, en el texto que hemos elegido como Cartel de Navidad, san Bernardo nos recuerda la ternura del Misterio: «Se aproxima el que arroja todos nuestros pecados al fondo del mar, el que cura toda enfermedad, el que nos lleva en sus mismos hombros para devolvernos nuestra propia y original dignidad». Ha querido hacerse carne para permitir a nuestra libertad vivir de nuevo nuestra vida cotidiana dentro de una relación que había sido cortada, de

modo que podamos mirarnos de nuevo a nosotros mismos y a la realidad de forma verdadera, como experimentaron Juan y Andrés siguiendo a Jesús, y haciéndolo empezaron a conocerse y a cambiar ellos mismos.

¡Feliz Navidad a todos!